

Fascismo, nacionalismo y “cultura del elogio”.¹

Marialba Pastor

Los líderes y los constructores del fascismo italiano, del franquismo español y del nazismo alemán, al igual que las masas que los moldearon y los secundaron, no solamente participaron en las guerras y en las concentraciones multitudinarias, en esos momentos apoteóticos, cargados de emoción, que todavía es posible ver en las fotos y en los documentales, también tuvieron tiempo de crear una nueva cultura que descansó en la fe en que los pueblos elegidos pronto dominarían a los débiles y la llegada del paraíso terrenal estaba próxima. Esta nueva cultura significó cambios radicales en las ideas, las creencias, los mitos, los ritos, las prácticas y las representaciones. En parte, su éxito se explica por estar fincado en la retórica, el panegírico, la alabanza, la exaltación; en todas las posibles formas del elogio.

El Duce, el Caudillo, el Führer y otros líderes fascistas se dirigen a las multitudes con voz alta y enérgica para afirmar que el pasado de la nación es glorioso y el futuro prometedor. Sus discursos son conmovedores, penetran el corazón de los sujetos, llegan a sus sentimientos. Con ellos se inflaman los ánimos y los oyentes se disponen a entregarse como fieles soldados a la acción. Así, los discursos cumplen una función litúrgica que activa los impulsos inconscientes. De este modo, el encuentro de los líderes carismáticos con el pueblo es un momento de unión sublime. Cuando en Italia se preguntaba: “¿Debemos morir por la gloria de Mussolini y el destino inmortal de Italia?” Todos los italianos contestaban entusiasmados que sí.

Si la masa se persuade y conmueve y cree que su líder es un ser superior, un dios que lo diviniza todo, es porque él destila la religiosidad que la masa espera y porque el líder no deja espacio a la duda, la controversia o la discusión. Su lenguaje se presenta como verdad absoluta, la crítica no tiene lugar. Pero además, el líder aborda problemas reales y ofrece soluciones verosímiles. La más verosímil es volverle a dar un lugar al mito de la gran nación (los mitos de la Italia romana y cristiana; de la unidad de la España católica; de la Alemania medieval y germana) para llegar a la convicción de que es el momento de retornar a los tiempos de los grandes imperios, de sus hechos formidables y sus héroes salvadores. Verosímil es también el lugar que debe ocupar el mito del pasado reciente, o sea, el mito de que del sacrificio, de la sangre derramada de los soldados en la Gran guerra, brotarán “el hombre nuevo” y el nuevo imperio. Para los fascistas, la primera guerra mundial es la gran experiencia histórica, el “gran evento” donde la muerte se une a la resurrección. En el período de

¹ Este artículo fue publicado en *Metate*, Periódico de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Año I, Número 5, febrero de 2006.

entreguerras, los ritos nacidos de las trincheras, la comunión, la camaradería, la fuerza de la voluntad y la próxima regeneración de la raza, impregnan las conciencias y convencen a los fascistas de que la violencia es purificadora y, por consiguiente, necesaria para superar la catástrofe. Pero quizá lo más verosímil es el peligro que representa el bolchevismo, la amenaza de que, al igual que en Rusia, los rojos tomen el poder, disuelvan a la familia, confisquen a los capitalistas, acaben con la propiedad privada y liquiden el orden jerárquico de la sociedad. El carácter internacionalista de la revolución comunista y la crisis económica del periodo de entreguerras son dos hechos usados como prueba de anarquía; sirven para infundir miedo y para que las masas se convenzan de que si no se quiere sucumbir, hay que aprovechar la gran oportunidad de refundar la nación y establecer un nuevo orden.

En términos generales y sin detenerme en las diferencias, uno de los ingredientes esenciales de la cultura fascista europea de la primera mitad del siglo XX, fue el elogio, de ahí que la retórica fuera la forma de expresión mayormente empleada. Con la retórica se pudieron componer alabanzas a los soldados caídos en batalla durante la primera guerra mundial, a su coraje y su potencia. Se pudieron exaltar los valores del buen ciudadano, el disciplinado y el sumiso. Con la retórica se recurrió a imágenes, se fabricaron discursos sobre las tradiciones y se extrajeron de la memoria sucesos históricos que se pusieron al servicio del pensamiento mágico y cerrado propio de los tiempos de crisis. Para producir empatía y exaltación, las palabras fueron más efectivas que los hechos. Esta era una vieja fórmula empleada por las religiones y los antiguos imperios para borrar las contradicciones y suprimir los conflictos. Con esta "jerga de la autenticidad" -- como la llamó Theodor Adorno --, la razón dialéctica y la razón experimental y científica, que son esencialmente problemáticas, se suprimieron. También se suprimió al individuo que piensa por sí mismo y toma el destino en sus propias manos. En el terreno más pragmático, la retórica fue un vehículo que contribuyó a que se olvidara que las oligarquías de las respectivas naciones, la oligarquía italiana, la española y la alemana, concentraban grandes capitales y estaban interesadas en mantener las jerarquías y en que se impusiera la autoridad en forma autoritaria; un universo hermético adecuado para la salvación eterna del pueblo.